

# PRISMA

REVISTA ILUSTRADA DE ARTES LETRAS & CIENCIAS

ARIEL LIMA

Premiada con Medalla de Plata en la Exposición Internacional de Milán de 1906

DIRECTOR — CLEMENTE PALMA. S. M.

AÑO III

Lima, á 1º de junio de 1907

BIBLIOTECA CENTRAL  
DE LA ESCUELA  
Nº 1 ANTIGUO

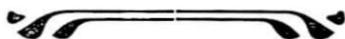
NUM. 41



† Ilmo. y Revdmo. Arzobispo de Lima, Monseñor Manuel Tovar

Foto. Moral

# Notas de artes y letras



Fué el Ilustrísimo y Reverendísimo Arzobispo de Lima, Monseñor doctor Manuel Tovar—fallecido en la madrugada del 25 del pasado mes—literato distinguido, de frase elegante y castiza y uno de los clérigos más ilustrados que ha tenido la iglesia peruana en los últimos tiempos. Vigoroso polemista y dotado de un talento vibrante y fecundo ha dejado páginas hermosísimas, de estilo correcto, que le valieron el que la Real Academia Española le nombrara miembro correspondiente. Sostuvo notables campañas en *La Sociedad*, con brío y talento nada comunes, y en el año 1866, en que el Gobierno dispuso la supresión de las campanillas en la conducción del Viático, sostuvo con entereza lo que él y los fieles católicos juzgaban los fueros del Salvador. Prisión y malos ratos pasó el joven diácono—pues aún este bravo paladín de la religión católica no era sacerdote—por su actitud noble y levantada. Con igual pujanza y con no menos talento, impugnó la campaña emprendida en Italia contra el poder temporal del Papado y en especial contra Pío IX. Los artículos que escribió con este motivo están llenos de datos interesantísimos que prueban el estudio, erudición y calurosa fé que caldeaba su pluma de joven eclesiástico profundamente versado en la historia y en la ciencia teológica.

Arrebatado por el fuego de la fé más ferviente, no perdía ocasión de poner su talento al servicio de los intereses de la Iglesia de que era servidor, y se recuerda que en una ocasión en que el doctor Bambarén en un discurso universitario de apertura de año, tuvo esta frase «el advenimiento de la paz universal será la llegada del Mesías», el señor Tovar protestó enérgicamente de tal frase que juzgaba impía y herética, y retó á singular controversia al sostenedor de esa proposición inaceptable, en su concepto. El rector de la Universidad, doctor Ulloa, medió en el asunto para impedir una discusión que—á pesar de la moderación y alta cultura del señor Tovar—habría sido agria. En el año 1870 dirigió el sabio Vijil aquella célebre carta al Papa, relativa á la *infalibilidad* de los Pontífices en que le decía: «Que aguardais para cumplir el cristiano deseo de San Bernardo de *ver, antes de morir, la Iglesia de Dios como en los tiempos antiguos, cuando los apóstoles echaban redes para coger almas y no plata y oro.*» El presbítero señor Tovar dirigió al sabio Vijil once cartas de refutación á sus ideas y de defensa del dogma de la infalibilidad papal. No juzgaremos comparativamente la carta del sabio y la del joven sacerdote, pero si diremos que, aunque rudas y á veces hirientes, las cartas del presbítero están llenas de una calor y un brío de apasionado sectarismo con que simpatizamos por la sinceridad y convicción que expresan á la vez que por su dialectica sutil y talentosa.

En la época en que fué elegido arzobispo de Lima (1898) era Monseñor Tovar por sus antecedentes de luchador por la fé, por su natural talento, por su ilustración, el sacerdote más digno de presidir la Iglesia peruana. Eran de lo más justificadas las esperanzas de progreso para la iglesia nacional, que se fundaban en su elevación á la alta gerarquía arzobispal. Es la Historia y no los contemporáneos quien dirá si esas esperanzas se han cumplido.

Una de las últimas piezas notables del ilustre escritor fué una pastoral inspirada en un libro de Brunetiére sobre la bancarrota de la ciencia.

Pero en los últimos tiempos la fogsosidad del prelado había decaído. La elevación al alto puesto que ocupaba en la Iglesia en vez de estimular los bríos de Monseñor

Tovar los deprimió haciéndole perder la firmeza y pujanza con que antes atacaba y con que antes defendía, los fueros y la dignidad de la Iglesia, al extremo de que se sintiera anonadado y humillado con las insolentes diatribas de un subordinado rebelde, de un loco ó bellaco desvergonzado, ignorante y sin talento, á quien—según dícen—los católicos entristecidos por la impunidad de sus insolencias tuvieron que dar dinero para que se alejara y dejara en paz al prelado. Si Monseñor Tovar hubiera aplastado oportunamente, con la virilidad de Bandini, la osadía de ese infeliz pasquinista se habría ahorrado las amarguras que le acongojaron en sus últimos tiempos, acto de energía que habría merecido el aplauso de los fieles y la aprobación de los liberales sensatos que no podían ver con simpatía esas grotescas injurias á la dignidad arzobispal.

Ha muerto con Monseñor Tovar un varon ilustre por su talento y su cultura y un distinguido literato. Es de desear que su sucesor tenga ya que no su alta preparación, por lo menos la sagacidad, firmeza y virtudes cristianas necesarias para guiar la nave peruana de la té en medio de esa marea tranquila de libre examen, de concentración, de independencia moral, que va ascendiendo inexorablemente en las conciencias cultas.

Una rectificación. Hace varios meses leí en un diario colombiano ó venezolano un hermoso cuento titulado *Lo Irreparable*, firmado por un señor Oscar Miró. Juzgando que fuera éste nuestro inteligente colaborador ó un tocayo suyo—y pensando en este caso que el nombre tenía fortuna—reproduje el cuento en uno de los anteriores números de esta revista. Al día siguiente de publicado, Oscar, el nuestro, el de Lima, me aseguró que jamás había escrito ese cuento. Y allí quedó todo: una *plancha* de PRISMA y un plagio inculpable de Oscar Miró Quesada. Conversando hace varias noches con Aurelio Arnao sobre temas literarios se me ocurrió preguntarle si había leído el cuento de Miró. Contestóme Arnao con sonrisa finamente irónica:

—Sí lo he leído... espere usted, si no me equivoco, lo había leído hace tres ó cuatro años en ACTUALIDADES; pero no estaba firmado por Oscar Miró Quesada. Creo más bien que el cuento le estaba dedicado. Quizá el corrector de pruebas de PRISMA ha hecho una lamentable confusión.

—Si eh?—contesté un poco amoscado—yo corregí la prueba cotejándola cuidadosamente con el original; y estoy seguro de no haber confundido nada. Ese cuento lo he tomado de un periódico extranjero y no de ACTUALIDADES. Además no me parece que tiene nada de particular que haya otro Oscar Miró sobre el planeta. ¿Cree usted que no hay otro Clemente Palma en el mundo? Pues, si señor, acaba de morir en Italia un sujeto que fué ministro y diplomático, con mi mismo nombre. Tenga usted la seguridad, mi querido, que todos tenemos por lo menos un *alter ego* nominal, aunque sea en los antípodas. Vamos á ver ¿quien firmaba el cuento, según usted?

—¡Bah! No recuerdo. Puede ser muy bien lo que usted dice. Después de todo la cosa no tiene importancia.

Busco en la colección de ACTUALIDADES y efectivamente en el número 88 encuentro el cuento *Lo Irreparable*, dedicado á Oscar Miró Quesada y firmado... firmado por Aurelio Arnao.

CLEMENTE PALMA,



## BOMBOS Y PALOS

No hay entre los críticos españoles modernos ninguno más acre y mordáz que Luis Bonafoux. Desde los *Mosquetazos de Aramis* hasta *Bombos y Palos*, su último libro, hay un mismo tono autoritario y dogmático, una misma intransigencia, una misma diatriba personal é hiriente. Sin juventud espiritual, jamás tuvo esa ductilidad necesaria al crítico; ni supo nunca ser amplio en su comprensión artística. No sabe penetrar en las obras con criterio tolerante, con verdadero sentido analítico; cae en medio de ellas, como un explosivo que nada respeta y al que nada detiene en su ciego é irrazonado furor de destrucción. Emilio Bobadilla, con ser quien es, al lado de Bonafoux resulta doctrinario, justo y hasta benigno.

He leído la mayor parte de las obras de Luis Bonafoux sin poder encontrar en ellas: teorías estéticas, escuelas artísticas y principios críticos en nombre de los cuales condene ó aplauda. Una variabilidad caprichosa un temperamento exitable y bilioso inspira las páginas de sus libros. Es apasionado sin que la pasión le comunique sus vibraciones ardorosas, su intenso fuego; es amargo, no con amargor de desencanto sino de despecho y de impotencia.

*Bombos y Palos* se inicia con un prólogo vulgar y grosero, sin asomo de gracia ni de ingenio, y continúa con una serie de artículos y correspondencias, insignificantes ó mediócras, publicadas ya en el *Heraldo* de Madrid. Desaliñadas, faltas de delicadeza en el pensar, y desprovistas de mérito y elegancia en el decir, carecen de atractivo y de interés.

Luis Bonafoux vive en París y en esa capital del mundo donde tanto puede y debe aprenderse, sólo ha aprendido á despreciar á su propio país, á desprestigiarlo ante los extraños, á exhibirlo ridículamente. Según él en España no hay talento, honradez ni vergüenza. Son todos sus políticos seres insignificantes ó infames explotadores y son todos sus literatos cerebros vacíos, ó retó-

ricos fósiles. Sólo dedica sus alabanzas á los pintores y á los músicos; los literatos son enemigos que hay que destruir. Con los grandes escritores, emplea el arma del ridículo y de la sátira personal. Fué así como se atrevió un día á hombrarse con *Clarín*, en un arranque de audacia incomprensible. Con los pequeños, con los jóvenes que se inician, son mayores sus odios; con ellos gasta la crítica de la sin razón, que condena, sin examinar las producciones y sin señalar los defectos.

Tal es en pocas líneas, la *pseudo crítica* de Luis Bonafoux, el escritor más odiado en España y menos simpático en América.

Si se le considera como *chroniqueur*, es preciso convenir en que le faltan las cualidades que deben adornar á los cultivadores de ese género. La delicadeza de sentimiento, la finura de ingenio, la elegante ameneidad en la expresión, el espíritu ligero y regocijado, condiciones de todo buen *chroniqueur*; no son modalidades del pensamiento de Bonafoux, ni caracteres de su estilo. Tosco en sus chistes y prosaico en su fraseología, sin flexibilidad y sin *esprit* sus crónicas carecen de sabor y de colorido.

La crítica, bien entendida, es un sacerdocio, un sin igual magisterio; dirige la evolución mental de una época, marca los rumbos y los senderos del buen gusto, señala los modelos imitativos, fustiga los descabellados intentos reformadores, condena las literaturas malsanas corrige los defectos y las extravagancias. Pero cuando se abusa de su poder, cuando se olvida su verdadero sentido y se precinde de sus fines docentes y purificadores, degenera en instrumento de pasiones, de envidias y de injusticias.

No se si será exagerada mi opinión, pero yo creo sinceramente que la obra crítica de Luis Bonafoux, si tal puede llamársele, ha sido perjudicial y dañosa para las letras.

RAIMUNDO MORALES DE LA TORRE.

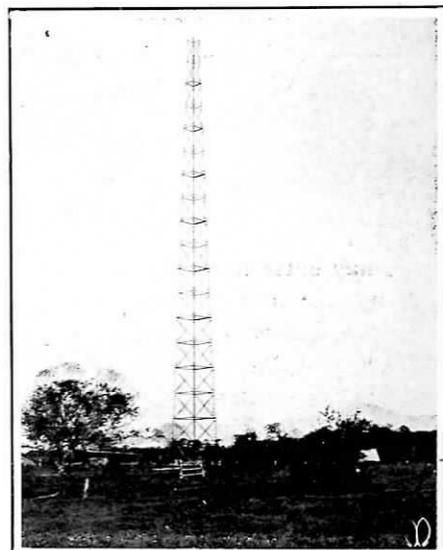


# DE PROVINCIAS

## Departamento de Loreto



Arbol del jebe.—Río Blanco



Masisea.—Torre para telegrafía inalámbrica



Iquitos.—Calle de Putumayo



Iquitos.—Prefectura

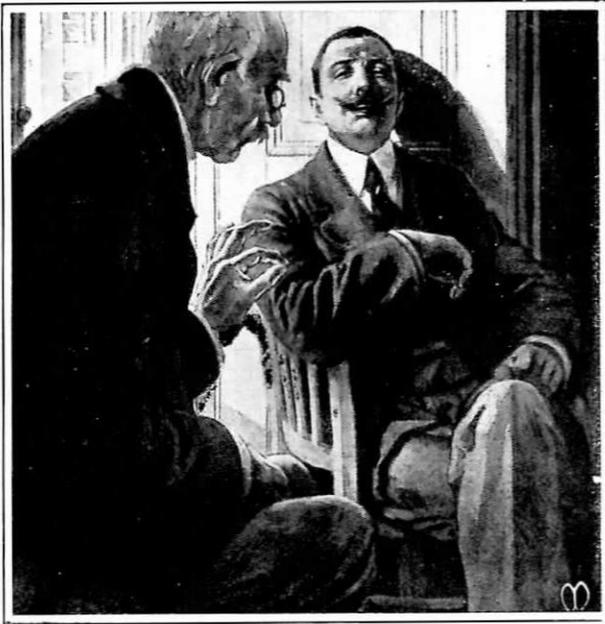


Masisea



Cañonera de guerra "América"

# LA RAZON DEL DIABLO



## I

AGUSTÍN era un buen muchacho. Alto, fornido, simpático.... y por dentro, miel. Incapaz de una mala acción, pasaba por el mundo sin odios ni rencores.

Cuando oía alabanzas por su conducta irreprochable, respondía siempre lo mismo: «No es mérito, es suerte. Tengo un ángel que me acompaña y aparta de mí los malos pensamientos; obedeciéndole, ya soy bueno».

La gente se reía; pero no faltaba ninguno, más crédulo ó más bondadoso, que, viéndole siempre correcto y siempre leal, no se dijera para sus adentros. ¿Quién sabe...? Tal vez sea verdad. Es demasiado bueno para que no haya algo divino que ampare su condición humana.

Y se acordaban de Israel, de Jacob, de Isaac....

Lo que fué puede volver á ser.

Y unos en burla, otros en serio, todos llegaron á decir que Agustín tenía un ángel. Un poco más ó un poco menos de lo que dice la gente de una persona que agrada: tiene ángel.

## II

Como Juan, el discípulo amado de Cristo, pasaba Agustín la vida puro y sin contacto de pecado original. A veces, en todo el esplendor de sus veinticuatro años, sanguíneos y exuberantes, la Naturaleza se rebelaba con espasmos nerviosos, con deseos que parecían fiebres; pero constantemente triunfaba la voluntad de aquellas impurezas. En lo más hondo de sus delirios escuchaba la voz del ángel, y el demonio huía y el cuerpo se limpiaba de calentura.

## III

Igual que Agustín, Pilar era una criatura moralmente perfecta, con la sola diferencia de que el ángel de su

guarda no luchaba con tentaciones, sino que iba apartando cuidadoso las nebulras de la realidad antes que rozaran la immaculada blancura del alma de Pilar.

Cándida, inocente.... había cumplido los dieciocho años, y su espléndida envoltura terrena era un pálido reflejo de su inconsciente y mágica bondad.

## IV

Pilar y Agustín se encontraron un día casualmente, y desde aquel día se adoraron. No fué un rayo, una explosión, sino una idea tenue y discreta que les hizo comprender que podían llegar á quererse, cuando se querían ya los dos apasionadamente.

Y empezó el idilio. Miradas, palabras furtivas, cartas que publicadas serían ridículas, por ser sencillamente tiernas, y al fin, el consentimiento mutuo de las familias señalando de acuerdo la fecha de la boda.

## V

A 20... á 21... El 1º del mes siguiente sería el matrimonio, y apenas si un trémulo y rápido choque de sus manos, al saludarse, les advertían que iban muy pronto á descorrer santamente el velo con que la civilización desfigura á la Naturaleza.

La noche de bodas, próxima ya, no les angustiaba con delicias de imaginación. Llegaría por sorpresa, y á fuerza de sorpresas mutuas, de instintos y de cariños se consumiría lo inesperado....

## VI

Era la víspera. Sobre el sofá del gabinete, cuidadosamente extendido el traje blanco, y al lado, en amplio pañuelo de seda, las ramas de azahar olorosas y flexibles.



De noche ya. La madre de Pilar había bajado un momento al cuarto de una vecina, dejando á solas á los novios con la absoluta confianza en sus propios caracteres, y, sobre todo, en la proximidad del matrimonio. La bue-

na señora se alejaba confiada, aunque sentía revolotear recuerdos que ahora parecían malicias. Pero en su lógica de mujer y de madre, encontraba humana aquella concesión; la visita á su vecina no era una razón, sino una indulgencia.

Teniendo hijas casaderas, la alta política maternal se compone de mucha severidad y de algunas distracciones oportunas...

## VII

Pilar y Agustín hablaban en un rincón, proyectando su vida á dos y en lo futuro. Se encontraron solos á la indecisa claridad de la calle, una luz que era ya sombra en el interior del gabinete, y espontáneamente se unieron más el uno al otro, saboreando el encanto de hallarse aislados y juntos.

Y hablaron. Delicadezas, murmullos que iban á ser palabras y morían en suspiros, sonrisas...

Y era tan puro, tan inmaterial el lenguaje y el pensamiento de los dos enamorados, que los mismos ángeles, oyéndoles, sonrieron en paz y en celeste confianza, y un ángel se acercó al otro y al dúo cantaron al Señor que tan dulce guarda les confiara.

Todo era en aquel recinto sonrisas. Hasta en lo más obscuro y en una cara diabólica se intentaba una mueca de risa mirando á los dos ángeles tan obsortos en su adoración á Dios, dándole gracias al terminar su divino encargo, pues con el nuevo día y la bendición del sacerdote volaban al cielo á dar cuenta de su misión en la tierra.

No he podido averiguar por qué, pero está casi demostrado que los ángeles no velan á las recién casadas. Será tal vez porque vela el marido.

## VIII

Y Agustín se acercó más á Pilar, y el diablo se acercó más á los dos y sopló deseos, ansias...

Al separarse un poco los novios, habían perdido tanto la noción del tiempo que no recordaban la hora ni el día siquiera en que vivían. Sólo les constaba á ciencia cierta que no era ya la víspera del matrimonio.

Y Agustín, algo confuso y aturdido, enjugaba las lágrimas de Pilar, diciéndole: «¿Qué culpa tenemos de que los ángeles se apartaran tanto...?»

## IX

San Pedro dormía. Oyó aldabonazos y se levantó mal humorado.

—¿Quién?

—Nosotros.

—¿Quiénes?

—Los ángeles.

—No es hora de ángeles para el cielo.

—En la tierra tampoco—suspiró una voz humilde y doliente.

—¿Qué ha pasado?

Silencio.

—¿Qué ha pasado?—volvió á preguntar San Pedro.

—No lo podemos contar...

—Bueno. Ya me lo figuro entonces.

Por lo visto, en el cielo, como en la tierra, las cosas que no se pueden contar se las figuran en seguida.

—Abranos, señor San Pedro.

—¿Qué hicisteis en vuesta guarda?—gruñó de nuevo el irascible portero.

—¡Perdón!—respondieron á un tiempo las dos voces.

—¿Qué hicisteis?

—Rezábamos, dando gracias porque terminaba nuestra misión, y absortos en el éxtasis de la plegaria, se llegó el diablo á Agustín y á Pilar..

—¡Tiene razón el diablo...! ¡Idos de aquí malos cumplidores! A la tierra os mandaron á vigilar, no á extasiaros.

—¡Perdón...!



—¡Largo, largo! Las cosas más buenas fuera de tiempo son casi peores que las maldades. ¡Largo!

Y se oyó el ruido de las llaves que sonaban, chocando al paso, cada vez más lejano, de San Pedro. Y los pobres ángeles, avergonzados y temblorosos, volaron durante toda la noche por el espacio inmenso que separa la jerra de los cielos, inflamando el aire con estelas de luz al choque rapidísimo de sus alas.

## X

Del Observatorio astronómico comunicaron á los periódicos que en la noche del 31 al 1º dos estrellas volantes cruzaron el firmamento repetidas veces, ocultándose al salir el sol. Verdad que algunos creen que el sol no es más que un átomo de la claridad que inunda el mundo al abrirse las puertas del cielo...

MANUEL LINARES RIVAS.



# EL "REAL FELIPE"

## EN LA HUERTA DE PRESA

### I

Don Pedro Carrillo de la Presa fué dueño del molino y casa huerta situados en la calle de Malambo.

Cercenando el terreno de cultivo edificó habitaciones en el año de 1791, á las que llamaron «las casitas de Presa», y, corriendo los tiempos, don Pedro dió su apellido al molino, á la huerta, y, hasta á la calle que limitaba sus propiedades, nombres que se han conservado hasta hoy.

A principios del siglo diecinueve, en 1812, quien por el portal de los escribanos de la plaza mayor de Lima pasara, habría visto dos tiendas cigarrerías, bien provistas. Tras del mostrador de una de ellas se hallaba un hombre, de color blanco, proporcionado de cuerpo, ojos pardos, nariz aguileña, pelo y cejas de color castaño claro y cerrado de barba. Era don José María Pagador natural de la ciudad de San Juan de la Frontera Victoria de Huamanga, hoy Ayacucho. (1)

La otra tabaquería estaba á cargo de una joven, hija de Lima, bella y risueña, llamada Francisca Vergara, mujer legítima de Pagador.

En aquel año tenía él de treinta á treinta y dos años, frisando ella en los veinte.

Matrimonio nacido al calor de recíproco cariño, y á pesar de la oposición de la madre de Pagador, que aún vivía en 1818, marido y mujer trabajaron y gozaron juntos, y, más tarde, cuando el infortunio visitó su hogar, unidos sufrieron, con noble entereza, las mismas amarguras.

En 1818, Pagador era arrendatario de la huerta de Presa, lugar de recreo entonces, para quienes querían disfrutar de las delicias de un día de campo, evitándose las molestias de buscar caballos para ir á Amancayes. (2)

Con poco gasto se disfrutaba en ella de los regalos de una fiesta al aire libre, aspirando el acre olor de la tierra remojada, los aromas de naranjos, limoneros y chirimoyos en flor, y de la frescura de la sombra que daban los árboles, batidos por las brisas meridionales.

Entrando en el patio de la casa-huerta, hácia la derecha y colindando con el acequión que daba movimiento al molino, existía un departamento, cuyas puertas estaban siempre cerradas.

Creíase que eran las habitaciones de la familia Pagador; el rincón destinado á las intimidades del hogar; el santuario del amor de aquellos esposos, á quienes el trabajo diario no daba tiempo ni para cruzar sus miradas preñadas de ternezas.

### II

Corría, por entonces, en las casas-matas del Callao, en la cárcel de corte, y entre los criollos afectos á la idea de la independencia, la nueva de la llegada de un emisario de Buenos Ayres según unos; de un teniente coronel de los ejércitos insurgentes, según otros; de un personaje, delegado del general don José de San Martín, al decir de muchos; de un prisionero salvado del presidio para la empresa del levantamiento, por su mucha peri-

cia, para los más conocedores de los sucesos en cuya ejecución se pensaba.

Jacinto Larrey declaró en efecto: «que don José Román Thelley le notificó que del presidio del Callao habían sacado á un insurgente para que corriera las diligencias por su mucha pericia y aunque trató de saber «su nombre no se descubrió... que también le dijo que «don Carlos sabía de su paradero y lo tenía oculto por «ser muy su amigo...»

Interrogado sobre este punto José Casimiro Espejo, expuso que el emisario, teniente coronel, era el mismo Gómez y que habiendo un día reconvenido á este, le contestó:

—El zaragate es usted y poco á poco con eso, pues debe respetarme: soy teniente coronel de las tropas de San Martín, pues en aquellas no usan galones los comandantes sino charreteras y por eso las cargo.

Vicente Vivanco, cajonero en la plaza mayor, que más tarde fué preso por sus imprudentes habladerías, contaba á quien quería oírlo, que había llegado «un emisario de los gobiernos revolucionarios de la clase militar de teniente coronel y que estaba oculto en una huerta.

—¿En qué huerta?

—Es un secreto

—¿Cómo se llama el emisario?

—Otro secreto.

No era una invención desautorizada, pues algo había de verdad, como vamos á verlo.

Penetrando en esas habitaciones de la huerta, siempre cerradas para los visitantes, se experimentaba una sorpresa.

La primera era una sola cuadrada con mueblaje severo.

Por las ventanas altas se renovaba en ella ampliamente el aire, y el ventanaje inferior dejaba penetrar luz abundante, como colada á travez de cortinillas de gasa que cubrían los vidrios, y permitían ver del interior, ocultando al observador de miradas indiscretas.

Adosadas á las paredes se hallaban varias sillas de baqueta labrada, y en aquellas resaltaban dos escopetas cruzadas, y dos pistolas colocadas en ángulo, únicos objetos que interrumpían la blancura de los muros. (3)

En el centro de la sala había una mesa larga, cubierta con tapete carmesí, y á uno y otro extremo de ella dos sillones de espaldar alto, también de baqueta labrada.

A la izquierda de esa habitación, entrando, estaba la alcoba, divisándose en ella sólo un catre de caoba, con incrustaciones de bronce.

Sentado en uno de los sillones delante de un libro abierto, se hallaba un hombre cuya frente reposaba sobre la palma de la mano izquierda, sostenida por el brazo doblado que se apoyaba en la mesa. Con la mano derecha volvía las hojas del libro.

A ratos interrumpía la lectura, y poniéndose de pié, comenzaba á pasearse en estado de absoluto ensimismamiento, en la actitud de quien medita y coordina sus ideas.

Entonces se podía apreciar sus varoniles rasgos fisonómicos. Nariz recta, labios delgados, casi escondidos entre la abundosa barba que le cubría el rostro, dejando descubiertos solo la región orbital y la espaciosa frente; los ojos grandes y la mirada serena.

(3) Doña Francisca Vergara, esposa de Pagador, confirma la aseveración de Tomás Olivera, sobre la existencia de las dos escopetas, diciendo: «es cierto que mi marido tenía dos escopetas en la sala.»

[1] La filiación de Pagador en 1818 era la siguiente: «Estatura, cinco pies una pulgada; color, blanco; cuerpo, ni grueso ni delgado; ojos, pardos; pelo y cejas, castaño claro; narizón; cerrado de barba; patilludo; su edad, como cuarenta años.—En el mismo año, doña Francisca Vergara declaró tener veintiseis años, y ser limeña.

(2) Declaración de don Santiago del Aguila.

# Crónica de París

## LA FIESTA DE LA PRIMAVERA

Miércoles 27 de marzo de 1907.

Coincide—simpática coincidencia—la primera de estas crónicas que hospitalizará esa revista con una fiesta que los parisienses celebran con bullicioso júbilo. El invierno es tan rudo que á la primavera se la espera como á una prometida. Para un poeta lírico, hay cantos de alegría en los primeros brotes de los árboles secos, en los primeros vuelos de las aves que abandonan sus invernaderos, en los primeros rayos de un sol por seis meses ingrato, en los primeros efluvios emanados de un país invisible; pero para un temperamento observador hay mayor alegría aún en los rostros de los parisienses.

Desgraciados nosotros los hijos de los países tropicales. Es verdad que no sentimos las mordeduras, muchas veces mortales, del Invierno; pero tampoco conocemos—y en eso estriba nuestra desgracia—ese beso impalpable de la Primavera. En cambio, cuando vivimos en el Norte sabemos que sentiremos nuevamente las inclemencias invernales, recordamos sin duda las que acabamos de sufrir; pero como la vida no vale ni por la esperanza ni por el recuerdo sino por la realidad del presente, nos entregamos sin condiciones al bienestar sedante de los catorce grados.

Cuando hace un mes ó poco más—después de atravesar las luengas calles que separan mi cuarto del museo de Luxemburgo—llegaba á la reja, frente al mármol desnudo de la Susana de Vermare, sentía á mi pesar algo así como una vaga pena; pero, por mucho que la analizaba, nunca puede descubrir su porqué. Hoy he ido una vez más á familiarizarme con la casa que guarda las piedras animadas por los cinceles de Barrias, de Rodín y de Falguières y los lienzos á que han dado vida los pinceles de David, de Carriere y de Sorolla, y hoy no he sentido pena alguna al llegar á la reja: pero en cambio he descubierto el porqué la sentía antes, en el invierno. No tengo duda, era que veía desnuda, bajo la nieve sin clemencia, á la Susana de Vermare. Yo creo que todos los hombres cargamos un poco de la sensibilidad de los sacerdotes de Eleusis y nos lamentamos íntimamente cuando maúlla un gato en el tejado ó se derrumba el campanile de una iglesia. Muchas circunstancias se juntan á esta íntima lamentación, pero es innegable que sentimos florecer nuestra piedad ante el dolor bullicioso de la bestia ó ante el desplazamiento súbito de la piedra inanimada. Y como yo todos. La realidad me dice que ese mármol no siente, pero la imaginación, que es caprichosa como una colegiala, me afirma lo contrario. Y ¡qué queréis! yo escucho más á la imaginación. Por eso es que, hace dos meses, me dolía de la desnudez de una piedra, que me imaginaba sensible como la hembra que representa. A haber tenido un manto á mi alcance, la habría cubierto, no con el pudoroso respeto con que lo fué Noé por su hijo bajo

las viñas calientes de la Palestina, sino con el pío amor con que Gianello cobijó á Monna Vanna frente á la torre luminosa de Pisa.

La Primavera es, no hay duda, una aliada poderosa de la imaginación. Fué bajo su reinado que el viejo padre Homero recitara á los nobles moradores de los villorrios griegos las hazañas de Aquiles ó las ingeniosas mentiras de la codiciada Penélope. Fué en ella cuando Dante y Virgilio regresaron de su viaje á los Infiernos. Y fué la Primavera del Norte, la rubia Primavera de la Holanda la que hizo la gloria del venerable Huysmans. Por eso aquí la amamos y, con nosotros, los animales y las cosas. El azul del cielo sabe que llega y se apresura á acompañarla. El Sena, tranquilo y claro, se hincha, se alborota y se desborda, como si presajiera su venida y quisiera festejarla. La aurora la conoce y se adelanta á recibirla. Como aquel monarca de la leyenda oriental que era reconocido á cien leguas de distancia por las aves, los insectos y las flores de su reino, así Ella es presentida también á cien leguas, cuando apenas principia á desperezarse, tras su pasado sueño.

En uno de los cuentos del delicado escritor brasileiro Coelho Netto, dos viajeros—un viejecillo «tardigrado é trememente» y un rapazuelo alegre—se encuentran en el camino.

—¿Dónde vas, rubio niño? dice el viejo.

—Allá, donde las montañas son azules y las aguas de plata y los árboles producen frutos de oro, le contesta el chicuelo.

—¡Ay. Yo vengo de allá. Más vale el humo vago de una cabaña que la nube dorada que allí pasa. Vuélvete conmigo.

—¿Estás loco, pobre viejo?

—No, no estoy loco. Regresa si no quieres que te suceda lo que á mí: sufrir hambres y sedes, frios y desengaños.

—Viejo, viejo, no sabes lo que dices. Por donde paso van naciendo árboles que dan flores y frutos y sombra.

—Yo creí lo mismo, inexperto. Las flores se convirtieron en zarzales, los frutos en veneno, la sombra en incendio.

—¿Y qué importa todo eso? Las montañas de allá son tan azules que parecen hechas de cielo. ¡Adiós, adiós!

Como este niño del «Romanceiro» es la Primavera. Como él, despreocupada y jocunda por esencia, desdeña los consejos. ¡Qué importa que mañana pise sobre espinas si hoy camina sobre rosas! ¡Qué importa que mañana se corone de brumas si hoy la adornan «los cielos azules y las aguas de plata.» Sigamos nosotros ese ejemplo. Olvidemos el ayer y no pensemos en el mañana. Si el hoy es alegre entreguémonos á él sin condiciones, como las novias en la noche primera

JOSÉ E. LORA.

# ¡HASTA EL CIELO!

## EN LA MUERTE DE MI ESPOSO NUMA P. LLONA

¿Será tu inconsolable compañera  
 La última en cantarte,  
 Ella, que para amarte,  
 Fué siempre, vida mía, la primera?  
 ¡Ay! La está muda y enlutada!  
 ¡Sí! ¡Enlutada por siempre! . . . mas no muda:  
 Yo haré que vibren de de dolor sus cuerdas;  
 Y ayes, deprecaciones y gemidos,  
 En rimas traducidos,  
 Darán alivio al corazón tremente.  
 E irán, de gente en gente,  
 Por la honda pena mía,  
 Despertando un clamor de simpatía!  
 Conviértanse yá en ritmos los sollozos,  
 Que en la gloriosa tumba del vidente  
 Rey de la americana poesía,  
 Ofrendar no se puede vulgar llanto:  
 Cada queja se cambie en elegía,  
 Cada suspiro, en un funéreo canto,  
 Y de este mundo de Colón los senos  
 Repitan por doquiera tristemente,  
 De un valle al otro, y de una en otra cumbre,  
 El eco solemnísimo y doliente  
 De congojosos inspirados trenos,  
 Con que le dan la eterna despedida  
 Los vates de su amado Continente,  
 Al eximio poeta de LA VIDA.  
 Mas no lloréis, oh bardos, en la fosa  
 Del cantor eminente  
 Que yá en el seno de su Dios reposa,  
 Y en dulce sueño olvida  
 Las fatigosas luchas de la vida!  
 Dejó la Tierra; pero aquí quedaron,  
 Y vibran por doquiera en el ambiente,  
 Sus cantos inmortales;  
 Y en las estivas horas siderales,  
 Cuando aparece Sirio en el oriente  
 Si de eólicas arpas el murmullo  
 Os parece escuchar, será su lira  
 Que, con cadencias rítmicas y extrañas,  
 Así, cual vago lastimero arrullo.  
 Más que cantar, suspira  
 Su NOCHE DE DOLOR EN LAS MONTAÑAS!  
 Nó, no lloréis vosotros al poeta  
 Que ha tocado por fin su ansiada meta;  
 Y que al morir, os deja por herencia  
 Cual un legado regio,  
 La semilla fructífera y bendita,  
 Germinada al calor de su existencia!  
 Nó: no lloréis vosotros al egregio  
 Orfebre de los versos: á mí sola  
 Dejadme el dulce y triste privilegio  
 De bañar con mis lágrimas su tumba,  
 Hasta que del acerbo llanto la ola  
 Suba y me ahogue, hasta que el ser exhausto  
 Al peso del dolor al fin sucumba,  
 Rindiéndole la vida en holocausto!  
 Yo he sido su discípula y su esposa,  
 Y, al contemplar la ESTELA luminosa  
 Que deja en pos de sí, dulce consuelo  
 Hallará la primera  
 Aunque á escuchar no vuelva de sus labios  
 La alentadora frase lisonjera  
 Ni los consejos sabios;  
 Pero jamás, jamás su angustia fiera  
 Podrá calmar la amante compañera  
 En tanto que la Muerte,  
 Del cielo mensajera.

Si unas veces cruel, otras piadosa,  
 A esa cara mitad no restituya  
 La mitad que aquí gime, y que fué suya!  
 ¡Cinco lustros haber estado unida  
 A su vida mi vida,  
 Y mirar tal unión de pronto rota,  
 Y para siempre, por el Hado impío! . . .  
 ¡Ah! Corre, llanto mío;  
 Corre sin tregua, que del alma brota  
 Tu inestinguible río;  
 Corre, hasta que en lágrimas deshecho,  
 Se funda el corazón dentro del pecho!  
 ¡Quedó por siempre mi existencia trunca!  
 ¡Yá todo se acabó! Yá nunca, nunca,  
 Volverán á expresarme tus miradas  
 Ese amor infinito  
 Por el cual yo reiné en tu ser entero;  
 Sentimiento divino é inefable,  
 Fresco é inagotable  
 Manantial de purísimas venturas  
 Que embelleció nuestras terrestres horas;  
 Que enigma inexplicable  
 Es para los vulgares criaturas,  
 Y es ilusión suprema,—y esperanza  
 Que no siempre se alcanza,—  
 De las jóvenes almas soñadoras!  
 Nunca yá, con orgullo y ufanía,  
 En íntimas ó públicas veladas,  
 Escucharé tu acento,  
 Apóstol de la excelsa Poesía!  
 Ese acento vibrante y poderoso  
 Que al más indiferente conmovía,  
 Y aparecer te hacía,  
 —¡Oh magia de la voz y el talento!—  
 En pedestal augusto y majestuoso,  
 Como el potente Dios de la Armonía!  
 ¡Peregrino inmortal de otras esferas!  
 ¡Sublime visionario!  
 Ibas, meditabundo y solitario  
 Por los diversos ámbitos del mundo,  
 Llevando de tu sér, en lo profundo  
 Excelsos ideales! . . . . .  
 Sin que el vulgo entendiera tu lenguaje,  
 Ni el lenguaje del vulgo tú entendieras,  
 Marchabas, cual sonámbulo divino,  
 Como abstraído en celestial miraje,  
 Y sin sentir las guijas del camino:  
 En la Tierra los pies; mas la mirada  
 Puesta Arriba, en la espléndida mirada  
 De astros, que te enseñaban el sagrado  
 Nombre de nuestro Dios, Único y Trino,  
 En su radiante idioma constelado! . . . . .  
 ¡Al fin rendiste la ímproba jornada!  
 Y al sentir de la vida ya el hastío,  
 Hacia tu hermoso río  
 Dirigiste los pasos lentamente,  
 Y ante el Altar, postrado y reverente,  
 De la Patria, por tí nunca olvidada,  
 Le ofrendaste tu gloria refulgente!  
 Del tierno infante oyó el sereno Guayas  
 El inicial vagido  
 Y del anciano al canto dolorido  
 Entremezclaron luego su armonía  
 Las sonoras aguas de la ría:  
 ¡Vino a exhalar en sus nativas playas  
 Su postrera canción, el cisne herido! . . . .

¡Ay! Yo escuché el latido postrimero  
 De ese gran corazón, que todo entero  
 Fué mío; yo en su frente,  
 Urna de los grandiosos pensamientos,  
 El sudor enjugué de la agonía;  
 Queriendo en vano con mi beso ardiente  
 Darle el calor de la existencia mía!  
 Y yo cerré sus ojos, esos ojos  
 Que antes pasión inmensa reflejaron  
 Siempre que me miraron,  
 Y en tan solemne y misterioso instante  
 Yá de lo Eterno la visión tenían!  
 Trémula y anhelante,  
 Con el cuerpo y el alma yo de hinojos  
 Le besé sus cabellos,  
 Que en derredor de la cabeza augusta  
 Exparcían reflejos argentados,  
 Como de una aureola los destellos,  
 Y sus cruzadas manos,  
 Que el santo crucificado sostenían,  
 Y sus pies, que sangraron los abrojos  
 De los senderos ásperos mundanos! . . . .

¡Qué solas y qué largas  
 Serán las horas de la vida mía  
 En el tiempo futuro!  
 ¡Qué solas y qué amargas!  
 En vano de mis hijos adorados  
 El entrañable y puro,  
 Amor, y de mis dulces nietezuelos  
 El gracioso conjuro,  
 Tratarán de aliviar mis hondos duelos  
 Porque de mi alma la sangrienta herida  
 No ha de curarse mientras tenga vida . . . .  
 ¡Ni quiero que se cure! ¿Quién no sabe  
 Que son al corazón ciertos dolores  
 Fuentes de acerbo gozo . . . . pero gozo?  
 Y que el que sabe amar no trocaría  
 Por la mayor ventura y alegría?

Mi pena es mi tesoro,  
 Y tal como el avaro su arca de oro  
 Lleva siempre consigo,  
 Y sus monedas acaricia y cuenta  
 Sin cansarse jamás, así al abrigo  
 Del pecho, irán conmigo  
 Estas memorias de venturas muertas,  
 Ya transformadas en desdichas ciertas!

Llamaste AMOR SUPREMO tú, al cariño  
 Apasionado, incontrastable y fuerte,  
 Casto y puro á la vez, como el de un niño.  
 Que por mí concebiste en un instante,  
 Y de que el noble corazón amante  
 Supo guardar el culto hasta la muerte:  
 Siempre veraz tu labio, así quería  
 Llevar la convicción al alma mía  
 Que en la tuya, de lo Alto por decreto,  
 Reservado existía,  
 Para mi solo amor, que era tu gloria,  
 Recóndito, secreto,  
 Preferente lugar, no profanado  
 De otros afectos por la impura historia.  
 Correspondido con usura fuiste  
 Por mi alma, hoy *hasta la muerte, triste;*  
 Y quedame el consuelo,  
 Enmedio de tantísima amargura,  
 De que fué, la ventura  
 Mayor de que gozaste aquí en el suelo,  
 De nuestro amor la celestial dulzura . . . . .

¡Ay! ¡Ven! ¿Por qué no vienes, alma mía?  
 ¡Escucha mis plegarias!  
 En mis insomnes horas solitarias,  
 —Felices horas, *cuando Dios quería,*  
 Te llamo y no respondes: ¿no retumba  
 Al eco de mis gritos de agonía,  
 Esa pesada y fría

Losa que cierra tu sagrada tumba?  
 ¡Ven tan sólo un instante!  
 Cual la bíblica esposa,  
 Despierta y vigilante,  
 Te aguardo con la lámpara encendida,  
 E impaciente, las horas largas cuento! . . . .  
 ¡Ven, vida de mi vida,  
 Antes que el peso del Dolor rendida,  
 Vaya á buscarte yo á la oscura fosa!  
 ¡Un momento no más, sólo un momento!  
 ¡De nuevo contemplar de tu semblante  
 La expresión amorosa;  
 Regalar mis oídos con tu acento,  
 Darte otra vez mi eterna despedida!  
 ¡No pido más! ¿Le está, gran Dios, vedada,  
 Tal dicha á esta mujer desventurada?

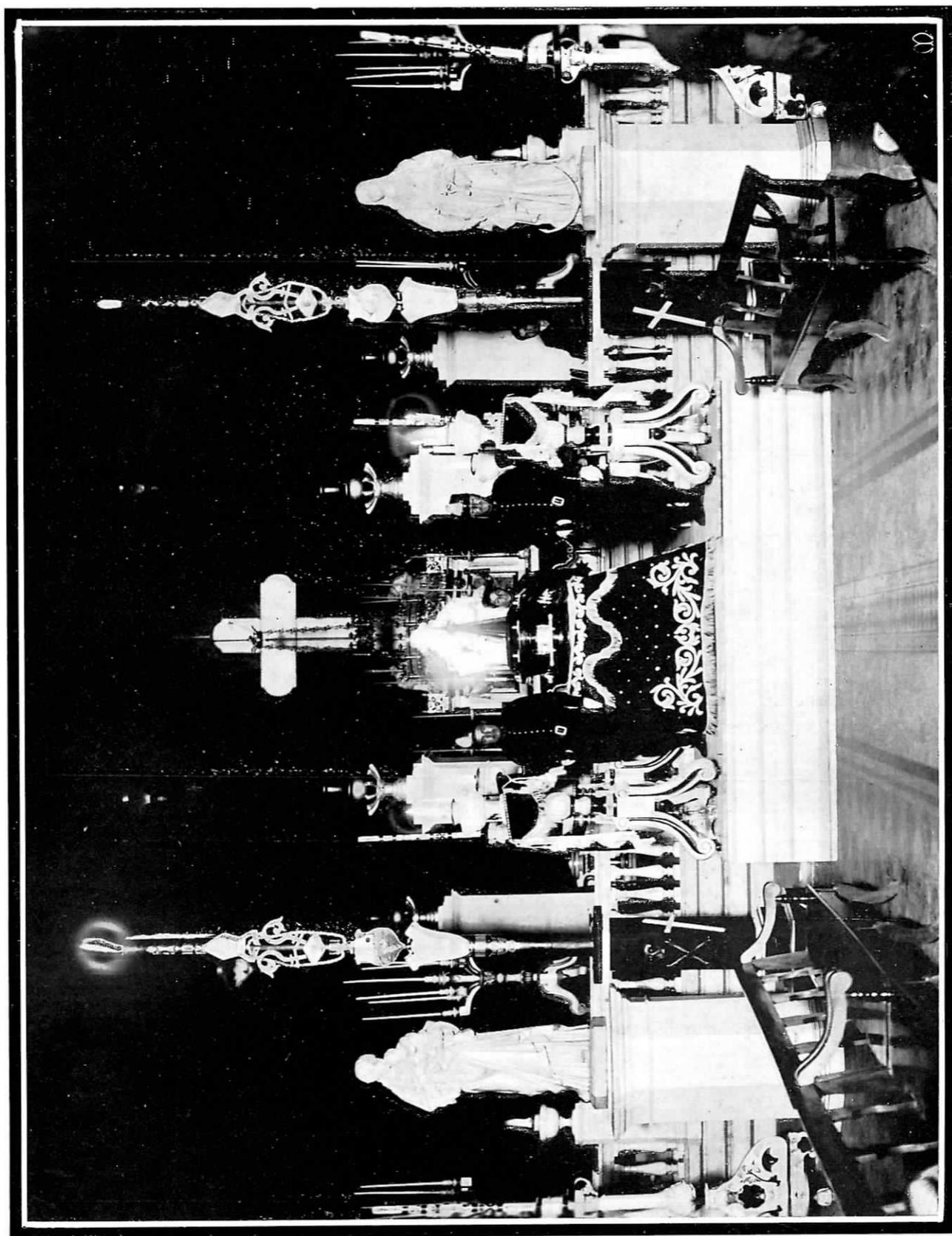
¿Qué no daría yo porque la muerte  
 De mi adorado dueño,  
 Fuera tan sólo un angustioso sueño,  
 Y que de la tremenda pesadilla  
 Al despertar, con gozo inerrable  
 Me encontrara otra vez entre sus brazos!  
 ¡Señor! Tú que volviste á la vida  
 Al hermano de Marta y Magdalena;  
 Y que al alma de Jairo, desolada,  
 Devolviste la hija idolatrada,  
 Ten piedad de mi pena!  
 Vuelve, de esa región desconocida  
 Al alma, que con mi alma *siempre* unida  
 Juró estar; pero—¡ay, Dios!—que es un segundo  
 No más, lo eterno en el finito mundo! . . . .  
 ¡Pobre hijo de la Tierra, condenado  
 A pasar, como el polvo que levanta  
 El símoun del Desierto!  
 Tú solo, el Increado,  
 Eres el inmutable, el inmanente,  
 En Pasado, en Futuro y en Presente! . . . .

Mas siquiera partir para ese viaje,  
 —El único infalible, el solo cierto,—  
 Juntos, como vivimos,  
 Fué de nuestros amantes corazones:  
 Perenne y santo anhelo;  
 ¿Por qué no quiso el Cielo  
 Oír esas fervientes oraciones?  
 ¿Por qué nos ha negado tal consuelo? . . . .  
 ¡Ah! Perdona, Señor la queja impía  
 Que lanza el alma mía!  
 Si herirme plugo á tu Justicia arcana,  
 Aunque gima por siempre en hondo duelo,  
 Tu Voluntad acato, soberana,  
 Y humilde te bendigo en mi agonía!

¡Divina Religión que me sostienes—  
 Jesús clemente que á auxiliarme vienes  
 En esta *Via-Crucis* imposible  
 Para fuerzas humanas, sin tu amparo!  
 ¡Señor, á quien adoro y en quien creo,  
 Con fe viva y amor inextinguible,  
 ¡Ay! De mi Edén perdido sólo veo  
 A mi alrededor escombros! . . . .  
 Pero hay otro celeste Paraíso  
 Que enmedio á mis angustias yá diviso:  
 Tú pusiste la cruz sobre mis hombros;  
 Mas Tú mismo, piadoso Cirineo,  
 Fortaleciéndome en mis ansias crudas,  
 A llevarla me ayudas  
 Por el Jerusalén de mi existencia  
 Hacia el Calvario, donde hallar confío,  
 Con la muerte que ansío,  
 —Supremo don de Próvida Clemencia,—  
 Mi propia redención, oh Jesús mío,

LASTENIA LARRIVA DE LLONA.

Guaquil, abril 21 de 1907.



Capilla ardiente erigida en el templo de Santo Domingo

Foto. Valverde

# MODAS



*Vestido de paseo, por Bernard*



*Trotteur, de la casa Manby*



*Vestido de calle, por Bernard*

# CRONICA DE LA SEMANA

“A través de un prisma”

Vivimos una vida de una languidez tan grande, de una falta tan absoluta de sucesos sensacionales, que el menor incidente llena por completo las páginas de nuestra vida semanal, y sirve de único tema á todas las conversaciones, durante el largo tiempo que este suceso vive en la memoria de nuestros somnolientos compatriotas. Aquí, en Lima, cualquier tópico nos apasiona durante una cierta temporada, para después caer en el más profundo de los olvidos. No hace muchas semanas las elecciones y los trámites precedentes á este acto fueron tema de calurosas discusiones. Argumentos en favor de la clase obrera, dicitrios afanosamente buscados entre lo más escogido de la fraseología insultante y terribles acusaciones de flagrantes atentados contra las libertades republicanas, fueron cumplidamente aprovechados por los mantenedores de esta justa política-sentimental. Pero pasó el tiempo, llegaron los días electorales y los rabiosos partidarios de la libertad del sufragio, depositaron tranquilamente su voto—ó no lo depositaron—en una de las tantas mesitas desparramadas por las plazuelas de esta celeberrima ciudad de los Reyes, sin importarles un ardite el resultado, tan afanosamente discutido en los días anteriores.

Después de las elecciones el estado del tiempo ha sido un tema aprovechable para nuestras *causeries* íntimas; y estas tardes grises de una humedad continua, socorrida por una llovizna fría y penetrante que ha convertido

en lodazales el piso de nuestras casi pavimentadas calles, estas tardes, repito, han sido maldecidas tan frecuentemente como los no lejanos días del verano pasado, trascurridos entre frecuentes imprecaciones al calor y sus efectos.

Y esta versatilidad de caracter se extiende á todas las manifestaciones de nuestra actividad. Los hombres y las cosas nos preocupan poquísimo hasta que un accidente cualquiera los ponga sobre el tapete de actualidad; y entonces reconocemos grandes cualidades en aquellas personas, menospreciadas días antes, y damos muchísima importancia á objetos desconocidos hacía poquísimo tiempo.

La muerte del Arzobispo de Lima, dá ejemplo último de nuestro modo de ser en este sentido. En vida las grandes virtudes del prelado, sus indiscutibles dotes de artístico y culto orador apenas fueron tomadas en cuenta; y en sus días de lucha y sufrimiento contemplaron con sonrisa indiferente los múltiples ataques de que fuera objeto. Pero repentinamente su enfermedad trae sobre él la atención de la sociedad limeña y los partes telegráficos del médico, son leídos con devorador interés. Llega la nueva de su fallecimiento y las manifestaciones de duelo que dicha noticia origina son generales, provocando ese cúmulo de conceptos laudatorios y ediciones extraordinarias, reveladoras de que el prelado gozó verdaderamente de las simpatías populares.

ZADIG.

## Nuestra información gráfica

Hace cincuenta años, poco más ó menos, llegó al Perú un joven naturalista inglés, Mr. William Nation, quien llegó á encariñarse tanto con este país que resolvió no moverse de él en toda su vida. Profesor de inglés en el colegio Nacional y en la mayor parte de los liceos parti-



Mr. William Nation

Foto Garreaud



Desembarco de pasajeros en Tambo de Mora Foto. Botteri

culares, y apasionado coleccionista de especies ornitológicas, fué Mr. Nation el amigo de los niños y de los pajarillos de los alrededores de Lima, Grandes rabietas le hicieron sufrir sus discipulos *malaperros*; pero mayores cóleras, casi un odio implacable y rencoroso, profesó á los despiadados cazadores de pluma menor, á esos italianos que hasta hace poco salían los domingos al campo armados de escopeta de chispa ó tulminante á disparar perdigonadas contra las tortolillas, gorriones y chivillos de los potreros vecinos. Ese adagio cinegético que se considera como la expresión de las tendencias utilitarias



Enlace Belaunde-Terry Foto Moral

de los *dilettantis* italianos, *ave que vola á la cazzola* indignaba á Mr. Nation hasta la sublimidad. El buen anciano se ha pasado toda su vida estudiando y compadeciendo nuestra fauna volátil, y no pocos de sus interesantes estudios y clasificaciones de especies se han publicado en revistas y diarios. Escaso de vista y de fuerzas, aquejado de profunda tristeza por la muerte de la compañera de su vida, que se realizó ha tres ó cuatro años, y necesitando de una persona que le cuide en sus últimos días, Mr. Nation, con dolor sincero, ha abandonado el Perú, de regreso á Inglaterra para calentar sus huesos en el hogar de una sobrina, después de haber compartido cincuenta años de nuestra vida. Tiene Mr. Nation más de ochenta años. Ojalá llegue á su patria—en la que será casi un extranjero—y se retarde, lo más posible el momento en que los pajarillos que tanto amó, canten junto á la losa que cubra su noble cuerpo de hombre honrado y estudioso.



El domingo último contrajeron matrimonio el señor Rafael Belaunde y la bella señorita Lucila Terry.

Hogar formado por la juventud y la belleza y alegrado por el amor, fuente de felicidad y vida.



En la corrida de toros realizada el domingo la presidencia y dirección del espectáculo corrió á cargo de las tiples de los teatros Olimpo y Principal. Publicamos una



Tiples que presidieron la corrida del 26 de mayo Fot. Grrreud

vista de las bellas artistas en el desempeño de su laborioso cometido.



La tradicional procesión de Corpus se verificó el jueves último con numeroso séquito de damas y niños debidamente engalanados. El infausto acontecimiento de la muerte del Arzobispo no fué obstáculo para que la fiesta religiosa se realizara con la debida solemnidad. Ofrecemos varias vistas tomadas por nuestro fotógrafo.



Procesión de Corpus.—Niñitas conduciendo flores



El altar frente á la Municipalidad



Señoritas acompañantes de la procesión Ftos. Casi



✠ Carlos F. Coz Foto. Courret

El joven Carlos Coz, honorable y trabajador, fué víctima de una imprudencia en una de las minas en que estaba empleado, en Casapalca. Probando un revólver escapóse un tiro que le hirió en el vientre ocasionándole una grave herida de cuyas resultas ha fallecido. Su muerte ha sido muy sentida, porque el señor Coz debido á su honradez, actividad é inteligencia se había hecho acreedor al aprecio de todos.



Las fuertes avenidas que experimentan los ríos de nuestra costa son causa de frecuentísimos trastornos con los puertos y otras poblaciones ribereñas.

Ultimamente, á causa de uno de estos engrosamientos fluviales, ha quedado en seco el muelle de Tambo de Mora, dando este accidente un caracter de dificultad á las operaciones de embarque y desembarque que se realizan en dicho puerto.

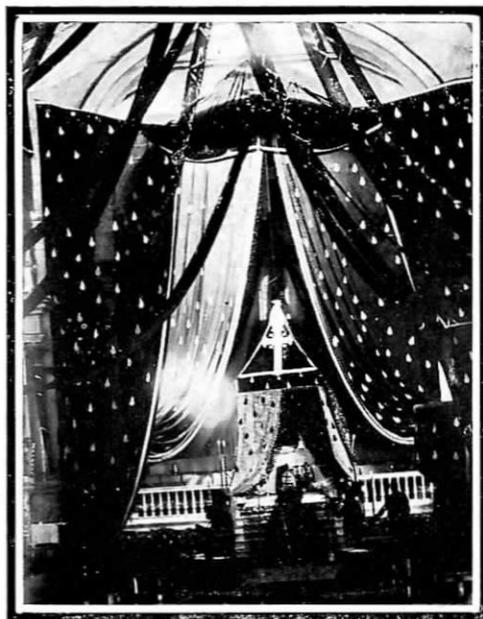
Los apuros sufridos con este motivo por unos pasajeros, es el asunto de la fotografía que el *Belliceni* de un distinguido aficionado nos ofrece hoy.



Los funerales del ilustrísimo arzobispo de Lima han



Fachada de la casa de la Srta. Bermudez  
donde murió el Ilmo. Arzobispo  
Foto. A. M. Benavidez.



Capilla ardiente en la iglesia Matriz de Tarma  
después de la misa fúnebre

Foto A. M. Benavidez.

llenado completamente las páginas informativas de casi todos los diarios. Vistas de la casa mortuoria, de los últimos muebles usados por el ilustre extinto, y fotografías de asistentes á las diversas ceremonias fúnebres, han sido publicadas continuamente.

PRISMA publica hoy una página de la capilla ardiente en el templo de Santo Domingo, donde se le harán los funerales.



El acompañamiento del cadáver del Ilmo. Monseñor  
Tovar en la plazuela de los Desamparados  
Foto. Valverde.

# Mi Tío Barbassou

(NOVELA DE MARIO UCHARD)

(Continuación)

—¡Calla! ¿estás tú ahí? me dijo.

Yo salté por el balcón y caí en sus brazos; alzóme del suelo como si yo fuese un niño y nos abrazamos. Puedes figurarte mi emoción y mi asombro. Los criados nos miraban desde lejos asustados, y sin osar acercarse.

—Pero ¿qué les pasa? repitió mi tío. ¿Acaso tengo yo cuernos?

—Se lo explicaré á usted todo, le dije; entre usted mientras bajan del coche su equipaje.

—¡Vamos!, respondió, y haz que me den pronto de almorzar, porque estoy muerto de hambre.

Todo esto lo decía con la calma de un hombre que no ha podido nunca asombrarse de nada y con ese acento marsellés cuyo timbre basta por sí solo para indicar un tipo original. Mi tío habla siete lenguas; en París, como tú sabes muy bien, pronuncia con la pureza de un parisiense; pero tan pronto como pone los pies en la Provenza, vuelve inmediatamente á recobrar el acento.

Entró con paso vivo, irguiendo su elevada estatura, y yo le seguí.

Al llegar á mi gabinete y al ver la mesa servida, sentóse con la misma naturalidad que si volviese de un paseo por el parque, se sirvió dos grandes copas de vino que se bebió una tras otra, respirando ruidosamente con satisfacción; cortó un pedazo de pastel de carne y empezó un ataque en serio que no admitía la menor posibilidad de tomarle por un espectro. Dejele hacer, contemplándole siempre embobado. Cuando le ví en estado de responder, le dije:

Pero vamos á ver, ¿de dónde viene usted, querido tío?

—Te, ¡ya sabes que vengo del Japón! me respondió, cual si hubiera nombrado un pueblo inmediato. Sólo que me he detenido algo en el camino y esto me ha impedido escribirte.

—¿Y qué ha hecho usted durante los cinco últimos meses?

—Pues una simple visita á Abisinia, para ver al negus, que me debía doscientos mil francos. El bandido no me los ha pagado.... Pero ¿qué te pasa?... ¿Y ese simplón de Francisco, que me mira con ojos de espanto, como si yo fuese á tragármelo? ¿Tengo yo acaso algo de feroz?... Y ahora que me fijo, veo que has cambiado mi librea, repuso. Parecen todos gente de iglesia. ¿Has recibido las órdenes?

—¡Pero querido tío, si hace cinco meses que llevamos luto por usted!

—¡Luto por mí! ¿Estás loco?

—Hace cinco meses, que le creemos á usted muerto, y hemos recibido todos los documentos que daban fé de su fallecimiento.

—¿Decían esos documentos que me habían enterrado? añadió sin gran emoción.

—Pues naturalmente; hasta tenemos el certificado de sepelio.

Al oír estas palabras, mi tío Barbassou no pudo contenerse y se vió acometido de uno de uno de esos accesos de risa silenciosa que le son peculiares.

—Según eso ¿Ibas á heredar?... dijo en medio de su ataque de hilaridad, que apenas le permitía hablar.

—Ya es un hecho, querido tío, repuse, y me hallo en posesión de todos los bienes de usted.

Esta respuesta puso el colmo á su alegría, y su risa fué en aumento, hasta el punto de contagiarme á mí y al mismo Francisco. Pero de pronto, como si le hubiese ocurrido una reflexión y cogiéndome la mano con súbita efusión, añadió:

—Pero, ahora que caigo, has debido pasar muy mal rato, muchacho.

Dijo este con tanta franqueza, y salía de un corazón tan sin

malicia que, puedo jurártelo, me conmovió hasta el fondo del alma. Mis ojos se llenaron de lágrimas y me abalancé á su cuello en señal de agradecimiento.

—Vamos, hombre, vamos, dijo, dándome paimaditas en el hombro para calmarme, no seas simple, ¡ya vez que estoy vivo! Terminado el almuerzo y quitada la mesa, nos quedamos solos.

—Vamos, querido tío, después que me haya usted explicado cómo ha podido correr con caracteres de verosimilitud la noticia de su muerte, habrá que dar en seguida los pasos necesarios para que resucite usted.

—¡Pasos! exclamó, ¿y á santo de qué?

—A fin de restablecer su estado civil y sus derechos.

—Al verme ya notarán de sobra que no estoy en el otro mundo, replicó con la mayor tranquilidad.

—Pero desde el momento que le consideran á usted como difunto, no podrá usted firmar nada, ni tratar, ni....

—¡Bueno, bueno, dejemos eso á un lado!... Graciano Claudio Anatolio Barbassou no se ahoga en tan poca agua.

—Pero ¿y las propiedades, bienes y demás que he heredado?

—¿Has pagado los derechos en el registro de la propiedad? preguntó seriamente.

—Ya lo creo, querido tío.

—¿Pues entónces?... ¿Pretendes acaso que pague dos veces para enriquecer al gobierno, que te exigiría nuevamente los mismos derechos al morir yo de veras?

—¿Y qué vamos á hacer? dije.

—Pues te quedarás con todo.... Ahora te toca á tí, dijo con tono burlón. Hace ya cuarenta años que pesaba sobre mí todo ese trabajo; ya es hora de que me reemplaces, muchacho. Tú administrarás mi fortuna, te ocuparás en ella y me pagarás á tu vez los gastos y todo.

—Usted no piensa en lo que dice, querido tío, exclamé, y aun suponiendo que yo siguiese administrando su fortuna....

—¡Eh! ¡poco á poco! ¡tu fortuna! dijo. Es tuya, puesto que has pagado la inscripción en el registro.

—Bueno, nuestra fortuna, si usted quiere, repuse riendo. No es menos cierto, repito, que no puede usted quedar con el sambenito de la muerte civil.

—¡Bah, bah! ¡ideas políticas! Ante todo, explícame cómo estoy muerto, porque es cosa que me inspira curiosidad.

Referíle cuanto sabía de toda esta extraña historia, la carta del notario, que me anunciaba la cruel noticia traída

por el teniente Rabassu, confirmada por actos de la mayor autenticidad y acompañados de una cartera que contenía todos sus papeles, cartas, valores á su nombre, contratos firmados por él y otros documentos que demostraban de un modo incontrastable su identidad.

—¡Mis papeles! exclamó; ¿con que no se habían perdido?

—Los tengo todos; respondí.

(Continúa.)

